

Matt Haig

**LA BIBLIOTECA  
DE LA MEDIANOCHE**

Traducido del inglés  
por Miguel Marqués Muñoz

Título original: *The Midnight Library*

Publicado por acuerdo con Canongate Books,  
Ltd, 14 High Street, Edimburgh, EH1 1TE

Fragmento de *The Unabridged Journals of Sylvia Plath*, de Sylvia Plath, editado por Karen V. Kukil,  
copyright © 2000 by the Estate of Sylvia Plath.

Reproducido con permiso de Anchor Books, un sello  
del grupo editorial Knopf Doubleday, una división de  
Penguin Random House LLC y Faber and Faber Ltd.  
Todos los derechos reservados.

Fragmento de *Marriage and Morals*, de Bertrand  
Russel. Reproducido con permiso del grupo Taylor  
& Francis.

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta  
obra está protegido por la Ley, que establece penas  
de prisión y/o multas, además de las correspondientes  
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes  
reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren  
públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,  
artística o científica, o su transformación, interpretación  
o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o  
comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva  
autorización.



Copyright © Matt Haig, 2020

© de la traducción: Miguel Marqués Muñoz, 2021

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-1362-165-4

Depósito legal: M. 29.068-2020

Printed in Spain

*A todos los trabajadores y trabajadoras de la salud.  
Y a todas las personas que trabajan cuidando a otras personas.  
Gracias.*



Nunca podré ser todas las personas que quiero ser ni vivir todas las vidas que quiero vivir. Jamás podré aprender a hacer todas las cosas que quiero aprender a hacer. Y ¿por qué quiero? Quiero vivir y sentir todas las tonalidades, matices y variaciones de la experiencia mental y física que sea posible.

—SYLVIA PLATH



«Entre la vida y la muerte hay una biblioteca —dijo—. Y los estantes de esa biblioteca son infinitos. Cada libro da la oportunidad de probar otra vida que podrías haber vivido y de comprobar cómo habrían cambiado las cosas si hubieras tomado otras decisiones... ¿Habrías hecho algo de manera diferente si hubieras podido?»





## Una conversación sobre la lluvia

---

Diecinueve años antes de que decidiera morir, Nora Seed se encontraba en la cálida y pequeña biblioteca del instituto de enseñanza secundaria Hazeldene, en la ciudad de Bedford. Sentada ante una mesa baja, contemplaba un tablero de ajedrez.

—Nora, querida. Es natural que te preocupes por tu futuro —le dijo la bibliotecaria, la señora Elm, con los ojos brillantes como la escarcha bajo los rayos de sol.

La señora Elm hizo el primer movimiento, haciendo saltar uno de sus caballos por encima de los perfectamente alineados peones blancos.

—Por supuesto, debes dedicarles tiempo a los exámenes. Pero podrás ser lo que quieras ser, Nora. Piensa en todas las posibilidades que existen. Es emocionante.

—Sí, supongo.

—Tienes por delante toda una vida.

—Toda una vida.

—Podrías hacer cualquier cosa. Vivir en cualquier sitio. En algún sitio menos frío y menos húmedo, quizá.

Nora hizo avanzar un peón dos casillas.

Era difícil no comparar a la señora Elm con su madre, que trataba a Nora como un error que debiera ser corregido. Por ejemplo, cuando era bebé, a Nora la oreja izquierda le sobresalía más que la derecha; su madre, preocupada, se la pegaba al cráneo con cinta adhesiva y le encasquetaba encima un gorrito de lana.

—Yo odio el frío y la humedad —añadió la señora Elm, para dar énfasis a su propuesta anterior.

La señora Elm vestía un jersey de cuello vuelto color verde oscuro y tenía el pelo canoso y corto. Su rostro, de forma ovalada, hacía gala de algunas arrugas no demasiado profundas y una expresión amable. Era bastante mayor, pero resultaba ser quien mejor conectaba con Nora en todo el instituto. La señora Elm siempre pasaba el recreo de la tarde en la pequeña biblioteca, hasta los días de sol.

—El frío y la humedad no siempre van de la mano —explicó Nora—. La Antártida es el continente más seco de la tierra. Técnicamente, es un desierto.

—Vaya, ese sitio encajaría contigo, ¿no te parece?

—Creo que no está lo bastante lejos.

—Bueno, quizá debieras hacerte astronauta y viajar por la galaxia.

Nora sonrió.

—La lluvia es aún peor en otros planetas.

—¿Peor que en el condado de Bedfordshire?

—En Venus es puro ácido.

La señora Elm se sacó un pañuelito de papel de la manga y se sonó la nariz con delicadeza.

—¿Ves? Con un cerebro como el tuyo se puede conseguir cualquier cosa.

Al otro lado de la ventana moteada de lluvia, Nora vio a un niño rubio pasar corriendo. Lo reconoció; estaba dos cursos por debajo de ella. Perseguía a alguien o quizá lo perseguían. Desde que el hermano de Nora se marchara, ella se había sentido un poco desprotegida ahí fuera. La biblioteca era un pequeño refugio de civilización.

—He dejado de ir a nadar y mi padre cree que lo estoy tirando todo por la borda.

—Bueno, no me corresponde a mí decirlo, ni mucho menos, pero hay muchas más cosas en el mundo aparte de nadar muy rápido. Tienes por delante un montón de vidas posibles. Como te dije la semana

pasada, podrías ser glacióloga. He estado investigando y la... —Y entonces sonó el teléfono—. Un momento —dijo la bibliotecaria, con voz calma—. Tengo que cogerlo. —Nora se quedó mirando a la señora Elm hablar al auricular—. Sí. Aquí la tengo. —A la bibliotecaria, de repente, se le descajó la cara. Se volvió para no ver a Nora, pero sus palabras eran perfectamente audibles en la silenciosa estancia—. Oh, no. No. Dios mío. Sí, por supuesto...



# DIECINUEVE AÑOS MÁS TARDE



# El hombre de la puerta

---

Veintisiete horas antes de que decidiera morir, Nora Seed se sentó en su astroso sofá para volver a hacer desfilar ante sus ojos, en su teléfono, las vidas felices de los demás, esperando que algo ocurriese. De repente, de la nada, algo ocurrió.

Alguien, por alguna razón ignota, había tocado a su timbre.

Se preguntó por un momento si debía abrir la puerta. Después de todo, ya se había puesto ropa cómoda, aunque fueran solo las nueve. Le daba vergüenza salir con su camiseta talla XXL que decía «SÉ BIOAGRADABLE» y sus pantalones de pijama de cuadros escoceses.

Se puso las zapatillas de andar por casa, para estar mínimamente presentable, y descubrió que en la puerta había un hombre. Un hombre al que reconoció enseguida.

Era alto y desgarbado y tenía un rostro aniñado y amable, aunque su mirada era luminosa y aguda, como si pudiera ver a través de las cosas.

Era bueno ver a ese chico, aunque le había causado cierta sorpresa, especialmente porque iba vestido con ropa de deporte y parecía acalorado y sudoroso pese al tiempo lluvioso y frío. Verse frente por frente con él la hizo sentirse aún más desaliñada que cinco segundos antes.

Se sentía sola, eso no podía negárselo a nadie. Había estudiado mucho a los existencialistas y sabía que la soledad era parte fundamental del ser humano en un universo falto de sentido en lo más fundamental, pero era bueno ver a aquel chico.

—Ash —dijo ella, sonriendo—. Te llamabas Ash, ¿verdad?

—Sí. Ash.

—¿Qué te trae por aquí? Me alegro de verte.

Unas semanas atrás, Nora estaba sentada al teclado eléctrico, tocando, y él había pasado corriendo por la avenida Bancroft, la había visto en la ventana del 33A y le había dedicado un fugaz saludo con la mano. Ash, un día —años antes— incluso la había invitado a tomar un café. Quizá estuviera por volver a invitarla.

—Me alegro de verte yo también —dijo él, pero las tensas arrugas de su frente no decían lo mismo.

Cuando Nora charló con él aquella otra vez, en la tienda de música, le había parecido que hablaba con tono despreocupado, pero ahora un peso le lastraba la voz. El chico se rascó una ceja y emitió otro sonido que no acertó a convertirse en palabra completa.

—¿Estabas corriendo? —Pregunta absurda. Era evidente que sí. Pero al chico pareció aliviarle por un momento poder hablar de algún asunto trivial.

—Sí. Voy a hacer la media maratón de Bedford. Es el domingo que viene.

—Oh, qué bien. Estupendo. Yo me propuse también hacer una media maratón, pero luego recordé que odio correr.

El comentario había sonado más gracioso en su mente que en las palabras que salían de su boca. No odiaba correr. Aun así, le perturbó la seriedad de su expresión. El silencio dejó de ser incómodo para convertirse en otra cosa.

—Me dijiste que tenías un gato —dijo él, por fin.

—Sí, tengo un gato.

—Se llama Voltaire, ¿verdad? ¿Un gato romano?

—Sí. Lo llamo Voltio. Voltaire le parece un poco pretencioso. Resulta que no es superfán de los filósofos franceses del XVIII... Es muy llanote, ¿sabes? Para ser un gato.

Ash se miró las zapatillas.

—Creo que lo han matado.



—¿Cómo dices?

—Lo he visto tumbado en la calzada. Le vi el nombre en el collar. Lo ha debido de atropellar un coche. Lo siento, Nora.

A Nora la asustó tanto aquella bofetada emocional que no supo más que seguir sonriendo, como si la sonrisa fuera un ancla que la sujetase al mundo en el que había vivido hasta entonces, en el que Voltio estaba vivo y ese chico al que Nora había vendido varios libros de partituras de guitarra tocaba a su timbre por otra razón muy distinta.

Recordó que Ash era cirujano. No veterinario, sino de humanos. Si decía que un ser vivo había dejado de estarlo, probablemente así era.

—Lo siento mucho —repitió.

A Nora la embargó un dolor que le era familiar. Solo la sertralina era capaz de detenerle el llanto en esos casos.

—Ay, Dios mío.

Salió resollando a las húmedas losas de cemento resquebrajado de Bancroft Avenue y vio a la pobre criatura peluda color azafrán echada junto al bordillo, sobre el asfalto reluciente por la lluvia. Tenía el rostro contra el pavimento y las piernas flexionadas en mitad de un galope, como persiguiendo algún pájaro imaginario.

—Oh, Voltio. ¡Oh, Dios mío, Voltio, no!

Nora sabía que debería sentir tristeza y desesperación por su felino amigo —y así era—, pero tuvo que acoger en su seno otro sentimiento más. Mientras contemplaba la expresión quieta y apaciguada de Voltaire —la ausencia total de dolor—, notó cómo una emoción ineludible se forjaba en la oscuridad de sus adentros.

La envidia.

# Teoría de Cuerdas

---

Nueve horas y media después de decidir morir, Nora llegaba tarde a su turno de tarde en Teoría de Cuerdas.

—Lo siento —le dijo a su jefe, Neil, que estaba sentado en su despacho, un cuartucho sin ventanas inundado por el desorden—. Se ha muerto mi gato. Anoche. Y he tenido que enterrarlo. Bueno, me ayudó alguien. Pero entonces me quedé sola en mi apartamento y no pude dormir y se me olvidó poner la alarma y me he despertado a las doce y he tenido que darme muchísima prisa.

Todo aquello era cierto. Nora imaginó su aspecto desde fuera y supuso que serviría para apuntalar su relato: la cara sin maquillar, una desaliñada cola de caballo hecha a la carrera y el mismo peto de pana verde de segunda mano que llevaba poniéndose toda la semana para ir a trabajar y que le daba un aire de desesperación cansada.

Neil levantó la mirada de la pantalla del ordenador y se reclinó en la silla. Entrelazó los dedos de las manos, apoyando los índices extendidos uno sobre el otro, formando con ellos una especie de aguja de iglesia que se colocó contra la barbilla, como si fuera un Confucio meditando sobre una verdad universal profundamente filosófica y no el encargado de una tienda de música lidiando con una dependienta que había llegado tarde. En la pared tenía pegado un enorme póster de Fleetwood Mac, cuya esquina superior derecha se había despegado de la pared y colgaba como la oreja de un perrito.

—Mira, Nora. Me caes bien. —Neil era inofensivo. Un aficionado a la guitarra de cincuenta y tantos años al que le encantaba contar chistes malos y tocaba para los clientes de la tienda pasables versiones de antiguos temas de Bob Dylan—. Y sé que tienes movidas de salud mental.

—Todo el mundo tiene movidas de salud mental.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Me siento mucho mejor, en general —mintió—. No es un problema clínico. Mi médico dice que es una depresión reactiva... Y, bueno, parece que últimamente hay varias cosas a las que... reaccionar. Pero no me he tomado ni un solo día libre. Aparte de ese día en el que mi madre... Sí, aparte de ese día.

Neil suspiró. Cuando suspiraba, hacia un ruido sibilante por la nariz: un lúgubre si bemol.

—Nora, ¿cuánto tiempo llevas trabajando aquí?

—Doce años... —llevaba la cuenta perfectamente—, once meses y tres días. Día arriba, día abajo.

—Eso es mucho tiempo. Siempre he creído que estás destinada a hacer cosas mejores. Tienes treinta y muchos.

—Tengo treinta y cinco.

—Te están pasando muchas cosas. Enseñas a gente a tocar el piano...

—Tengo un alumno.

Neil se sacudió una miga del jersey.

—¿Te imaginas pasarte la vida encerrada en la ciudad en que naciste, trabajando en una tienda de instrumentos de música? A ver, ¿qué querías ser de mayor cuando tenías catorce años?

—¿Con catorce años...? No lo sé. ¿Nadadora, quizá?

Había sido la niña de catorce años más rápida de todo el país nadando a mariposa, y la segunda más rápida en estilo libre. Se recordó en pie en el podio, en un campeonato nacional de natación.

—¿Y qué pasó?

Recurrió a la explicación corta.

—Era mucha presión.

—Pero la presión es la que nos hace lo que somos. Empiezas siendo carbón y terminas convertido en diamante.

Nora decidió no matizar los conocimientos de Neil sobre mineralogía. No le dijo que, si bien el carbón y el diamante son ambos carbono, el carbón es demasiado impuro como para convertirse jamás en diamante, por mucha presión que se le aplique. La ciencia dice que uno empieza siendo carbón y termina siendo carbón. Quizá esa sea la lección vital que había que aprender.

Se atusó un mechón suelto de su pelo negro como el carbón y trató de sujetarlo con el coletero.

—¿A qué te refieres, Neil?

—Nunca es demasiado tarde para perseguir un sueño.

—Para perseguir ese sueño en concreto, el de nadar, desde luego que lo es.

—Nora, eres una persona muy cualificada. Tienes un grado en Filosofía...

Nora se miró la verruga que tenía en el dorso de la mano. Aquella verruga había pasado por todo lo que había pasado ella. Y ahí seguía, indiferente a todo. Dedicándose a lo suyo. A ser verruga.

—No es que en Bedford haya una demanda masiva de filósofos, a decir verdad, Neil.

—Fuiste a la universidad, viviste un año en Londres y volviste.

—No se me presentaron muchas opciones.

Nora no quería hablar sobre su madre muerta. Ni tampoco sobre su ex, Dan. Para Neil, que Nora cancelara su boda dos días antes de la fecha le parecía la historia de amor más fascinante desde Kurt y Courtney.

—Todos tenemos siempre opciones, Nora. Hay una cosa que se llama libre albedrío.

—Bueno... Si te adhieres a una visión determinista del universo, no.

—Pero ¿por qué quisiste trabajar aquí?

—Era o aquí o en el refugio de animales. Aquí pagabais mejor. Y, bueno, ya sabes, la música...

—Estabas en un grupo. Con tu hermano.

—Sí. Los Laberintos. Pero no teníamos futuro.

—Tu hermano no opina lo mismo.

A Nora esta observación la cogió por sorpresa.

—¿Joe? ¿Cómo lo sabes?

—Estuvo aquí y compró un ampli. Un Marshall DSL40.

—¿Cuándo?

—El viernes.

—¿Ha estado en Bedford?

—A menos que fuera un holograma, como el de Tupac en aquel festival.

Probablemente habría ido a visitar a Ravi, pensó Nora. Ravi era el mejor amigo de su hermano. Joe había tirado la toalla con la guitarra y se había mudado a Londres, donde tenía un empleo de mierda en una empresa tecnológica que odiaba. Ravi, sin embargo, se había quedado en Bedford. Ahora tocaba en un grupo de versiones llamado Los Cuatro del Matadero, que daba conciertos por los *pubs* de la zona.

—¡Vaya! Qué curioso.

Nora estaba bastante segura de que su hermano sabía que el viernes era su día libre. Caer en la cuenta de eso le provocó un agujazo en el estómago.

—Yo soy feliz aquí —continuó Nora, retomando el asunto.

—No, no lo eres. Pero... lo que tú digas.

Neil tenía razón. Nora tenía una herida muy dentro del alma y la herida supuraba. Su propia mente había tirado la toalla. Ensanchó la sonrisa.

—Lo que quiero decir es que estoy contenta en este trabajo. Contenta, satisfecha. Neil, necesito trabajar.

—Eres una buena persona. Te preocupas por las cosas que pasan en el mundo. Los sintecho, el medioambiente.

—Necesito trabajar.

Neil volvió a su pose de Confucio.

—Lo que necesitas es libertad.

—No quiero libertad.

—Esto no es una oenegé, Nora. Aunque he de decir que, si continuamos por este camino, pronto lo será.

—Escucha, Neil, ¿a qué se debe todo esto? ¿Es por lo que te dije la semana pasada? ¿Lo de que tienes que modernizar algunas cosas? Mira, se me han ocurrido algunas ideas para hacer que la gente más jov...

—No —atajó Neil, a la defensiva—. Esta tienda solo vendía guitarras. Teoría de Cuerdas, lo pillas, ¿no? Me diversifiqué. Hice que la cosa funcionara. Lo único que ocurre es que las cosas ahora vienen mal dadas y no puedo estar pagándote para que me espantes a los clientes poniéndoles cara de domingo nublado.

—¿Qué?

—Nora, me temo... —hizo una pausa de unos segundos, los mismos que lleva levantar un hacha en el aire—. Me temo que voy a tener que despedirte.